

Educación a distancia: ¿qué tan lejos?

La importancia de lo corporal en la educación



Por Carlos de la Puente

Profesor de Temas de Filosofía en el Programa de Estudios Generales de la Universidad de Lima

La obra del filósofo Ludwig Wittgenstein (1891-1951) enseña que nuestro lenguaje puede cumplir su función comunicativa gracias a que está entrelazado con los gestos, los tonos de voz, las expresiones faciales, las respuestas neurofisiológicas como el sonrojarse, la mirada.

Nuestra habilidad para entendernos descansa en ese repertorio de cosas que hacemos con nuestro cuerpo, porque es gracias a ellas que

dotamos a nuestras palabras de intención y de carga emocional.

Estos elementos expresivos tienen también una función crucial en la educación. Todo profesor sabe que, al tiempo de transmitir ideas y conceptos para que sean discutidos, debe también tomarle el pulso al ánimo y al interés de sus estudiantes. Muchas veces ocurre que los profesores disponen solo de los elementos no

verbales mencionados al comienzo de este artículo para saber cómo se sienten sus estudiantes.

“Mi clase de la tarde anterior había logrado, creo, interesar a los alumnos” dice para sí un profesor universitario que es el personaje principal de “El otro”, el magnífico cuento de Jorge Luis Borges. Es una frase que expresa bien la incertidumbre que sentimos los seres humanos cuando inferimos el estado afectivo de una persona, así como el deseo de todo maestro de conectarse con los sentimientos de sus estudiantes.



La pandemia obligó a los profesores de las escuelas y de las universidades en casi todo el mundo a dictar clases y comunicarse con sus alumnos prescindiendo en buena medida de ese elemento no verbal que es, como se ha dicho, una parte importante de toda comunicación. En ese sentido, uno de los retos que planteó el COVID-19 a los maestros de todo el planeta fue

buscar en las voces de los estudiantes, en los chats del salón y en el lenguaje de los emojis, las pistas para acercarse y comprender el ánimo y los sentimientos de los alumnos. Me atrevo a decir que nos obligó a desarrollar una nueva habilidad, la de meternos en el espíritu de un jajaja escrito y no oído, de un emoji que llora de risa, de un pulgar levantado o de un bíceps fortachón. Meternos, esto es, en toda esa iconografía con lo que se intenta suplir un aspecto de eso que se llama ahora la “presencialidad”.

La virtualidad, a pesar del enorme potencial que ahora recién empezamos a vislumbrar, no puede comunicar todo el caudal de información que un alumno transmite a un profesor con su cuerpo y sus gestos, ni todo lo que un profesor transmite con el mismo medio.

Por eso, aunque la no presencialidad o la virtualidad está aquí para quedarse, ella habrá de combinarse, creo, con clases presenciales.

Lo más probable es que, una vez que todos nos hayamos vacunado, habremos de tener una educación mixta que combine, en proporciones que el mundo de la educación irá descubriendo, internet con fisicalidad. Esta crisis nos ha demostrado no solo la utilidad casi mágica de la tecnología, sino también que no hay virtualidad que sustituya cabalmente el contenido de una mirada, de un ceño fruncido o de una sonrisa.

